

Cultura, ciencia y Universidad: los análisis y propuestas de José Ortega y Gasset

MARCELO LÓPEZ CAMBRONERO*

Resumen: En este texto se intenta describir la relación existente entre los conceptos de cultura y ciencia y la idea de la Universidad en la filosofía de José Ortega y Gasset. Para esta labor se adopta como texto de referencia «Misión de la Universidad», que constituye una propuesta teórico-práctica de reforma de la universidad española de principios de la década de los 40, pero se intenta comprender el alcance teórico de esta propuesta vinculando este texto de Ortega a otras partes de su producción. De esta manera se pretende hacer una presentación global de la idea de Universidad en los escritos del filósofo madrileño.

Abstract: In this text we shall try to describe the relationship between the concepts of culture and science and the idea of the University in José Ortega y Gasset's philosophy. For this purpose we shall be referring to his text entitled «Mission of the University», which is a theoretical and practical proposal to reform the Spanish university in the early 40s. But we shall try to understand the theoretical extent of this proposal by relating this text to other works by Ortega. Thus, we intend to achieve a global presentation of the idea of University in this philosopher's works.

El primer escrito extenso que un ya maduro Ortega (47 años) dedica a la temática que nos ocupa, y además lo hace con ánimo de proporcionar respuestas concretas y estrategias de reforma del sistema educativo español de entonces, es *Misión de la Universidad* (1930). En este trabajo Ortega nos indica tres funciones de la enseñanza universitaria que se van a constituir en, a su vez, tres núcleos temáticos sobre los que va a girar nuestra exposición. Exposición que, por otra parte, necesariamente va a tener que recurrir a otros lugares de la producción de Ortega para encontrar un mayor desarrollo y profundización en algunos temas concretos. Estas tres funciones son: 1. Transmisión de la cultura; 2. Enseñanza de las profesiones y; 3. Investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia¹.

1. Transmisión de la cultura

Existen numerosas alusiones al término «cultura» a lo largo de las obras de José Ortega y Gasset, y sería vano e incluso carente de sentido dedicarse ahora a hacer enumeración y síntesis de estas apariciones. En concreto, respecto a la delimitación del concepto de «cultura», si atendemos

Fecha de recepción: 2 de junio de 2003. Fecha de aceptación: 25 de junio de 2003.

* Universidad Católica San Antonio de Murcia.

1 Vid. *Misión de la Universidad*. OC, IV, pp. 325-326.

a la totalidad de los escritos orteguianos, destaca por su importancia el volumen *Ideas y creencias* (1934).

La diferencia entre las «ideas» y las «creencias» que realiza Ortega, situado en una región del pensamiento occidental que sería frecuentada por otros autores del siglo XX (con mención especial de Wittgenstein en *Über Gewissheit*), nos va a permitir entender a qué se refiere en concreto cuando habla de «transmisión de la cultura».

Las ideas son los contenidos conscientes de nuestro pensamiento, aquellas cosas que pensamos, con las que hacemos cosas y que, de vez en cuando, cambiamos. Las ideas son obra nuestra, de uno mismo o de otro, del que las tomamos para apropiármolas. Las «creencias», sin embargo, son algo más profundo como estrato de nuestro pensamiento o, mejor, de nuestra vida. Son aquello que somos, «el continente de nuestra vida»², y no contenidos dentro de ésta. No son por tanto, algo que nosotros tengamos, sino las concepciones de la realidad que somos, lo que Wittgenstein denominaría nuestra «imagen del mundo». Las creencias son, por lo tanto, la forma que tenemos de entender la realidad, la estructura cultural sobre la que entendemos lo real. No es sólo una reunión de pensamientos conscientes de especial relevancia, profundidad o de una alta abstracción, sino narraciones sobre lo que la realidad es que hemos recibido de nuestros antepasados a través de la inculcación.

Las creencias, por lo tanto, se corresponden con nuestra cultura, con la cultura de nuestro tiempo, y se podrían entender como la comprensión de la realidad que esa cultura tiene. El sujeto no *tiene* creencias, sino que *es* sus creencias, de la misma manera que no tiene cultura sino que es cultural o no tiene cuerpo sino que es corpóreo: «cabe decir que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. Más aún: precisamente porque son ideas radicalísimas se confunden para nosotros con la realidad misma —son nuestro mundo y nuestro ser—»³.

La historia genera un proceso de creencias que no es otra cosa sino la forma en la que se transforma y modela la cultura. El hombre, pues, no se encuentra ante la realidad desnudo teniendo que vérselas con ella como si fuese el primer hombre y tuviese que hacerlo todo de nuevo. Al contrario, «su vida está hecha con la acumulación de otras vidas»⁴, recibe su esencia, en cuanto cultural, de la tradición a la que pertenece. La cultura es un sistema, no en cuanto teoría, sino en cuanto vida, es decir, un sistema vital de ideas-creencias que constituye, en un momento lugar y tiempo, la perspectiva en la que se aparece la realidad a uno-s sujeto-s determinado-s.

Por ese motivo es absurdo hablar de «cultura general», ya que no puede existir otro tipo de cultura que no sea la «general», es decir, la que corresponde a la forma de entender la realidad de un tiempo. El hombre nace siempre en una época, y su esencia responde siempre a la estructura de aquel tiempo. Ahora bien, puede llegar, en un esfuerzo personal, a asumir el cúmulo de creencias que conforman la realidad que le ha correspondido vivir de forma sintética pero «general», o puede limitarse a quedarse a medio camino de su tiempo, a no ser coherente con el tiempo que le ha tocado vivir. El hombre «es llamado a ejercitar la vida en una altura determinada de la evolución de los destinos humanos. El hombre pertenece consustancialmente a una generación, y toda generación se instala no en cualquier parte, sino muy precisamente sobre la anterior. Esto significa que es forzoso vivir a la *altura de los tiempos*, y muy especialmente a la *altura de las ideas del tiempo*»⁵.

2 *Ideas y creencias*. OC, V, 384.

3 OC, V, 384.

4 *Misión del bibliotecario*. OC, V, 222.

5 *Misión de la Universidad*. OC, IV, 321. Ortega no utiliza aquí el término ideas teniendo en mente la diferenciación que realizaría posteriormente en *Ideas y creencias*, y bien podríamos entender aquí por «ideas» «creencias» o bien ambas cosas, pero en ningún caso sólo «ideas». Sobre la noción orteguiana de «altura de los tiempos» ver, fundamentalmente, el capítulo III de *La rebelión de las masas*. OC, IV, 156-162.

La transmisión de la cultura responde, en primer lugar, a la transmisión del sistema vital de creencias que corresponden a un tiempo concreto. Propiamente, la posesión de este sistema vital es lo que hace que un sujeto esté «a la altura de los tiempos» (o de su tiempo), mientras que la no posesión de este sistema vital produce la barbarización del sujeto, su sostenimiento al margen de la cultura (un caso peculiar de este género es el especialista).

Por otra parte, Ortega era consciente de la imposibilidad de enseñar *todo el sistema de creencias* de un tiempo histórico en el que el saber se ha desarrollado de forma descomunal, y proponía, como forma de atenuar este problema, el principio de economía en la enseñanza⁶. Este principio básico afirma que el incremento del sistema de creencias de nuestro tiempo, el enorme depósito sobre el que vive el sujeto contemporáneo, es tan extenso y complejo que no puede ser abarcable sino de forma sintética. La síntesis debe ser la norma básica de la enseñanza universitaria; pero no una síntesis que se corresponda con una mera exposición resumida que, por ser tal, se constituya en un sucedáneo patético del auténtico saber, sino la síntesis como generación de estructura, como reconstrucción del conocimiento. Ese enorme ejercicio de reconstrucción debe tener como objetivo dar al estudiante lo que realmente necesita, lo que constituye la esencia de un hombre de nuestro tiempo. ¿Cómo lograr esa concreción? «Sometiendo la muchedumbre fabulosa de los saberes a una doble selección:

- 1º Quedándose sólo con aquellos [saberes] que se consideren estrictamente necesarios para la vida del hombre que hoy es estudiante. La vida efectiva y sus ineludibles urgencias es el punto de vista que debe dirigir este primer golpe de podadera.
- 2º Esto que ha quedado por juzgarlo estrictamente necesario tiene que ser aún reducido a lo que de hecho puede el estudiante aprender con holgura y plenitud»⁷.

2. Enseñanza de las profesiones

Uno de los fines de la Universidad, un fin, por otra parte, que a menudo es dejado de lado por los propios profesores universitarios, es formar profesionales. La sociedad sólo necesita un número reducido de investigadores, y éstos no nacen sólo por la acumulación de conocimientos, sino que precisan de la vocación: del deseo propio —y no extraído de lo ajeno, de otro o de otros— de tenerse las con la verdad.

Además no podemos exigir, como a veces parece, que todos nuestros alumnos tengan un deseo infinito, no ya de saber, sino de *poseer* el saber, de hacerlo suyo. Un solo vistazo al alumnado nos quitará rápidamente esos sueños de la cabeza ya que el estudiante medio acude a la Universidad para lograr un título (ni siquiera podemos decir que acude primordialmente en busca de los conocimientos que deben sustentar ese título) que le permita ejercer una profesión. No desea tanto la capacitación como el permiso o la apariencia de ser. No desea hacer suya la ciencia, sino tratarla como un monolito que tienen que masticar para ocupar un respetable puesto cuando se sumerja en la sociedad. Empeñarse en que el profesional de una disciplina sea, además, un científico, alguien que desea poseer la ciencia, *hacerse* la ciencia para él, alguien que entiende la ciencia como un problema vital, es un imposible. En ese sentido «es preciso separar la enseñanza profesional de la investigación científica y que ni en los profesores ni en los muchachos se confunda lo uno con

6 *Misión de la Universidad*, OC, IV, 329 y ss.

7 OC, IV, 333-334.

lo otro, so pena de que, como ahora, lo uno dañe a lo otro»⁸. Efectivamente, a nuestro entender, y según pensamos se desprende de las reflexiones de Ortega, la confusión entre estas dos formas de enfrentarse a la ciencia —o entre dos «modos de ser» ante ella— supone un perjuicio a dos bandas: el que desea ser un buen profesional y no percibe en su interior un deseo por nada más siente que pierde el tiempo y se incumplen sus expectativas vitales (por más que a nosotros se nos puedan antojar un tanto «cortas»); quien siente en su interior, por el contrario, un nervio científico, se sorprende ante la aridez de los profesores cuando éstos no profundizan en la materia. Para uno, la universidad se le antoja llena de inútiles ensoñaciones; al otro, sin embargo, le resulta árida y falaz.

Como tendremos ocasión de comprobar, Ortega no pretende la disociación completa entre la enseñanza de la profesión y la actitud científica, que no es posible ni para conseguir la capacitación profesional ni para la formación de investigadores, pero sí desea alertar sobre un uso, todavía presente en nuestra actual mentalidad, que considera peligroso: la concentración exclusiva en la investigación: «Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura. Además, ha hecho que no se cultive intensamente el propósito de educar profesionales (...) En las facultades de Medicina se aspira a que se enseñe hiperexacta fisiología o química superferolítica; pero tal vez, en ninguna del mundo, se ocupe nadie en serio de pensar qué es hoy ser un buen médico, cuál debe ser el tipo modelo del médico actual. La profesión, que después de la cultura es lo más importante, se deja a la buena de Dios»⁹.

La responsabilidad fundamental de la Universidad, después de elevar al alumno al nivel de su tiempo, es formar profesionales. El profesor debe tener este objetivo presente a la hora de organizar los temarios, sus explicaciones y las actividades docentes en general. Fruto de esta reflexión, y como consecuencia ineludible, a Ortega le aparece ante los ojos un prototipo de profesor universitario que, si bien no debe abandonar la labor investigadora (no puede llevar a sus alumnos al nivel de su tiempo si él no lo habita previamente, y esto requiere un crecimiento constante), es antes que nada un docente: «No decidirá en la elección del profesorado el rango que como investigador posee el candidato, sino su talento sintético y sus dotes como profesor»¹⁰. Es decir, que tendrá prioridad su capacidad de optimizar el principio de economía en la enseñanza y sus dotes de formación de buenos profesionales. Ortega dice «no decidirá» y no «no se tendrá en cuenta» pero no nos puede dejar de sorprender esta subordinación de la investigación, tan impropia de la mentalidad común del profesor universitario que se suele comprender a sí mismo sobre todo como un investigador.

Esta sorpresa quizá se atenúe si entendemos dos cosas: la primera es que Ortega tiene presente no la universidad en abstracto o la idea de universidad, sino la muy concreta universidad que él vivió en sus carnes y contra cuyos usos erróneos escribe *Misión de la Universidad*. Por otra parte, la presunta desazón de este filósofo español en referencia a la investigación no deben entenderse como una minusvaloración de la misma —cosa que, por otra parte, tendría poco sentido si analizamos la importancia que Ortega otorga a la ciencia y a la investigación científica en muchos otros trabajos, entre los que se encuentran algunos referidos en las primeras páginas de este texto—, sino como un repudio del exceso de beatería investigadora. Quizá se pueda entender mejor este aspecto si atendemos al papel de la investigación, en referencia a la universidad, dentro de los textos orteguianos.

8 OC. IV, 338.

9 OC. IV, 339.

10 OC. IV, 349.

3. Investigación científica y educación de los nuevos hombres de ciencia

Para comprender correctamente el pensamiento de Ortega sobre la investigación y el papel de ésta en el seno de la universidad, es importante realizar un camino con dos paradas intermedias. Estas paradas son: en primer lugar, la vocación universitaria y, en segundo, el análisis de las posibilidades que tiene la universidad de transformar a un estudiante medio en un hombre de ciencia.

A nuestro juicio la mejor manera de hacer este recorrido es comenzar atendiendo a la lección con la que Ortega inició un curso de Metafísica en 1932, lección que tituló «Sobre el estudiar y el estudiante».

La tesis de la lección a la que nos referimos es, en principio, sencilla, aunque la demostración que intenta realizar su autor tiene la dificultad propia de los escritos orteguianos: esconde una intensa reflexión bajo la engañosa apariencia de una redacción desenfadada. Lo que intenta demostrar Ortega, en pocas palabras y utilizando el mismo tono provocativo y periodístico de su autor, es que estudiar es una falsedad¹¹.

La cuestión fundamental se enfoca en el origen de la necesidad de estudiar o, dicho de otra manera, en los motivos e inquietudes que dirigieron al estudiante hacia el estudio. Según la perspectiva que el sujeto adopte con respecto a su hacer (en este caso, estudiar) el objeto de su acción tendrá una apariencia u otra y, de la misma manera, una influencia concreta u otra en la vida del sujeto. En este punto Ortega diferencia entre una «necesidad interna» y una «necesidad externa». Desde mi punto de vista la nomenclatura que utiliza, que podría dar lugar a un arduo debate filosófico, debe ser entendida en los límites en los que el propio Ortega la sitúa que, en este caso, no son excesivamente pretenciosos aunque sí sugerentes.

La «necesidad interna» es la que siente un sujeto que se ve arrastrado por una fuerza interior, por una pasión o por un deseo, a realizar una acción. La «necesidad exterior» es la que un sujeto siente cuando la fuerza motriz de su actuar es ajena a él. Así, para explicar la «necesidad externa», y para situarla en el concreto sentido en el que va a ser utilizada, Ortega ejemplifica de la siguiente manera: «cuando al salir yo de paseo el guardia de la circulación me obliga a seguir una cierta ruta, me encuentro con otra necesidad [además de la necesidad interior de pasear], pero que ya no es mía, sino que me viene impuesta del exterior, y ante ella lo más que puedo hacer es convencerme por reflexión de sus ventajas y, en vista de ello, aceptarla»¹². Existen, por lo tanto, necesidades que parecen tener su origen en mí, de las que parezco ser yo fuente o siento como *mías*. Al mismo tiempo existen necesidades que me vienen impuestas desde el exterior: por otras personas, por las circunstancias o por las cosas. Estas segundas se constituyen también en una invitación a asumir esa necesidad como propia, a adquirirla, a comportarse como si esa necesidad tuviese su origen en uno mismo.

El estudiante, en general, afirma Ortega, no siente la honda necesidad de la ciencia. Desde fuera se le dice que tiene que aprender, que debe formarse, que debe adecuar sus conocimientos a las exigencias propias de su profesión. Ingresa en una Facultad y se encuentra que esa profesión que en el mejor de los casos anhela está cimentada sobre otras ciencias de las que tampoco había sentido ningún tipo de necesidad previa pero que ahora le corresponde estudiar. No es que el estudiante no sienta ninguna necesidad de estudiar, pero en todo caso su necesidad es vaga, bien porque el objeto sea inconcreto («estudiar “algo”», «instruirse»), bien porque, aunque percibe una cierta atracción

11 Acusación que ya había dirigido en 1930 a la Universidad en general. Vid. OC, IV, 326 y ss.

12 *Unas lecciones de Metafísica*, OC, XII, 17.

hacia un terreno medianamente singularizado del saber («letras» o «ciencias», «ingenierías» o «filologías», etc), no posee una voluntad concreta al respecto, entre otras cosas, porque no conoce los contenidos y posibilidades de estas amplias áreas. Por último, aún en el caso de que tenga una vocación clara con respecto a una disciplina, no dejará de asombrarle la cantidad de otras disciplinas que debe conocer para poseer, finalmente, la que él eligió. En todo caso, el estudiante se encuentra en la extraña situación de que tiene que estudiar materias de las que no siente una directa, propia e inmediata necesidad.

Más importante que el tipo de necesidad que sienta el estudiante es la consecuencia que ese tipo de necesidad tiene en su hacer y, por relación con lo real, en la cosa que se hace o él en concreto hace. Ortega, para explicar esto, hace uso del siguiente ejemplo:

«En efecto: la ciencia no existe antes de su creador. Este no se encontró primero con ella y luego sintió la necesidad de poseerla, sino que primero sintió una necesidad vital y no científica y ella le llevó a buscar su satisfacción y al encontrarla en unas ciertas ideas resultó que éstas eran la ciencia.

En cambio, el estudiante se encuentra, desde luego, con la ciencia ya hecha, como con una serrañía que se levanta ante él y le cierra su camino vital»¹³.

El creador de la ciencia notó cómo en su interior ardía la necesidad de enfrentarse con la realidad a la búsqueda de un saber determinado, no porque buscara en concreto ese saber o ciencia, sino porque tenía urgente necesidad de responder a unas preguntas y las respuestas que encontró resultaron ser la ciencia. No es imprescindible, por otra parte, ser el creador de la ciencia para sentir esa «necesidad interna». Al contrario, todo el que la sienta se convertirá, de alguna manera, en creador de esa ciencia, al menos en su vida. El motivo es que se enfrentará a ella no como el que la observa en su totalidad y no tiene más remedio que saltarla, sino como quien encuentra en ese nuevo terreno que se le presenta la zona de exploración que tanto tiempo llevaba buscando. Así, cuando descubra una verdad o se encuentre con ella, no la asumirá como algo cerrado, estable y definitivo, sino que sentirá el deseo de *poseer* esa verdad, de hacerla suya, de saber cuál es su origen, cuáles sus presupuestos y cuáles sus consecuencias, y atenderá a todos estos factores con la mirada crítica de quien realmente necesita respuestas auténticas y no se conforma con simulacros. Por el contrario, el estudiante que sólo siente una «necesidad externa» por la ciencia la percibirá como un incordio que ha venido a quitarle tiempo (en el peor de los casos), o como un fenómeno «interesante» que absorber, pero en el que no siente implicada su propia vida.

Desde esta perspectiva se hace evidente que no todos los estudiantes pueden ser hombres de ciencia; es más, que sólo muy poquitos y en excepciones contadas poseerán una auténtica vocación investigadora. Tampoco la sociedad necesita más, y no tenemos que considerar la vida del hombre de ciencia como superior a la vida del profesional, puesto que las vidas se pueden ponderar con muchos pesos. Ahora bien, se muestra inútil intentar obligar a sentir una necesidad interna a quien no la tiene, y nunca la tendrá movido por la presión exterior porque sólo puede nacerle de su propia libertad. Lo más que hará será fingir. Por ese motivo es contraproducente enfocar la enseñanza universitaria exclusivamente desde la perspectiva de generar hombres de ciencia. Es, además de insatisfactorio para el profesor, que una y otra vez ve pasar a alumnos de los que esperaba una actitud activa y que no la tienen, también insatisfactorio para el estudiante.

El aspecto más importante, el que desea destacar Ortega como nudo central de su discurso es la situación de la universidad en su tiempo —que en este caso puede ser trasladable al nuestro—:

13 OC, XII, 18.

la universidad debe ser consciente de que el hombre-masa, la multitud, ha entrado en sus aulas, y debe de situar sus objetivos atendiendo a esta realidad. Esto provoca una primera consecuencia, y es que la universidad debe dedicarse principalmente a elevar a un gran número de alumnos, no todos especialmente dotados, al nivel de su tiempo. En segundo lugar, la mayoría buscan en la universidad capacitación profesional, y sólo unos pocos desean ser hombres de ciencia. Por lo tanto, la importancia de la docencia orientada al ámbito profesional se muestra como más importante, en este sentido, que la orientada a la formación de investigadores.

Sin embargo, nuestro filósofo no olvida que la capacidad de aprendizaje de una disciplina depende en buena medida de las posibilidades de implicación del estudiante, de sus motivaciones, y que éstas se amplían y profundizan si se descubre en las materias algo más que un monolito que deben cargar sobre sus hombros. Por eso siempre es beneficioso incitar al estudiante a sentir una necesidad interna: «enseñar no es, primaria y fundamentalmente, sino enseñar la necesidad de una ciencia, y *no* enseñar la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante»¹⁴. De esta manera se asegura, además, la «cantera» de hombres de ciencia.

En realidad, como hemos indicado, el auténtico problema que Ortega desea constatar es el de la masificación y sus consecuencias. Frente al hombre-masa no cabe mantener una institución que había sido pensada para los pocos, sino que debe adaptarse, sin renunciar a su espíritu fundamental, a ser un centro de educación de muchos, y para ello debe dejar de ser una entidad dirigida fundamentalmente a formar futuros hombres de ciencia y convertirse en una institución docente, que enseña profesiones. El siguiente texto creemos que es muy representativo de esta interpretación: «La ciencia es una de las cosas más altas que el hombre hace y produce. Desde luego es una cosa más alta que la Universidad en cuanto ésta es una institución *docente*. Porque la ciencia es creación, y la acción pedagógica se propone sólo enseñar esa creación, transmitirla, inyectarla y digerirla. Es cosa tan alta la ciencia, que es delicadísima y —quieras o no— excluye de sí al hombre medio. Implica una vocación peculiarísima y sobremanera infrecuente en la especie humana. El científico viene a ser el monje moderno»¹⁵. Así, la universidad es fundamentalmente una institución docente, que se dirige al hombre medio que necesita aprender cosas, que le den cosas útiles para su futuro. La ciencia, sin embargo, no es aprender cosas, sino buscar las respuestas de las que el hombre, acuciado de preguntas, siente íntima necesidad. Además las vocaciones científicas son minoritarias, y la universidad ha dejado de dirigirse a una élite previamente seleccionada y eso la ha llevado a sentir la necesidad de potenciar sus aspectos docentes. No es que antes no fuese docente, pero su carácter minoritario le permitía ser sobre todo un lugar de búsqueda, en la que la actividad común de penetración en la realidad hacia de todos sus integrantes una comunidad. Ya en tiempos de Ortega, por el contrario, la universidad era un lugar en el que existían dos cuerpos separados: los docentes y los que querían asumir lo que los docentes les mostraban, sin más esfuerzo por su parte.

Por eso, «pretender que el estudiante normal sea un científico es, por lo pronto, una pretensión ridícula que sólo ha podido abrigar (...) el vicio de utopismo»¹⁶. No obstante, repetimos, no se puede aplicar a Ortega la crítica de querer cercenar de la universidad la investigación. Su esfuerzo es contra una forma de entender la universidad que pretende que todos los estudiantes sean científicos y que la universidad se dirija sólo, o fundamentalmente, a formar investigadores, y se olvide del aspecto profesional y cultural necesario en la institución. La universidad ya no puede ser única-

14 OC, XII, 24.

15 *Misión de la Universidad*. OC, IV, 337.

16 *Ibid.*

mente ciencia: «lo que no es admisible es que se confunda el centro de la Universidad con esa zona circular de las investigaciones que debe rodearla. Son ambas cosas —Universidad y laboratorio— dos órganos distintos y correlativos de una fisiología completa (...). Conste, pues: *la Universidad es distinta, pero inseparable de la ciencia*. Yo diría: la Universidad es, *además, ciencia*»¹⁷. No un *además* como añadido o adorno, sino un *además* que también, aunque de forma distinta a como se entiende normalmente, es esencial: «Una atmósfera cargada de entusiasmos y esfuerzos científicos es el *supuesto radical* para la existencia de la Universidad. Precisamente porque ésta no es, por sí misma, ciencia (...) tiene que *vivir* de ella. (...) La ciencia es la *dignidad* de la Universidad, más aún —porque, al fin y al cabo, hay quien vive sin dignidad—, es el *alma* de la Universidad, el principio mismo que le nutre de vida e impide que sea sólo un vil mecanismo»¹⁸.

17 OC, IV, 351.

18 OC, IV, 351-352.